

derechizantes. Los argumentos para probar el silogismo son tan traídos de los pelos como los de los capítulos precedentes, pero le sirven a su propuesta: pasar de la crítica antifascista del trabajo a una visión poscapitalista de una sociedad del trabajo; esto es, descentrar el trabajo como actividad principal de la vida por medio de instrumentos tales como el trabajo autónomo, la renta básica universal, la valorización de las actividades por su función social antes que por su remuneración, y pasar del sindicalismo obrero a un sindicalismo social que atienda a todo lo atinente a la reproducción de la vida. Al señor Briales le convendría –es una sugerencia, nada más– releer la *Crítica al Programa de Gotha* de C. Marx para darse cuenta de que su radicalismo es pura verborragia desde que su política se definiría de definitivamente socialista reformista: igualitarista, fiscalista, sindicalista y recetas semejantes ya probadas.

Llegados al final, el capítulo 9 se refiere a «Vox y el dilema de las derechas», de la autoría del historiador Pablo Carmona Pascual, quien a mi juicio da el clavo cuando afirma: «Vox es de hecho algo más parecido a una evolución del PP de los últimos años de Aznar que una versión española del Frente Nacional francés o de la Liga Norte de Salvini». Lo que expone en su artículo es la reconversión del liberal conservadorismo en neoconservadurismo y su reinención en Vox. Lo más interesante –siempre desde el radicalismo izquierdista– que haya leído de ese seudo nacionalista conservadorismo que es Vox.

Para terminar solamente me resta decir que gracias a *Creative Commons* no he pagado ni un peso por este libro, pues de otro modo no lo hubiera leído. Porque hacía tiempo no tenía un texto tan cargado de odios, tan desentendido por el prójimo –reemplazado por esos colectivos abstractos–, tan ideológicamente enroscado, tan ofensivo y tan mediocre en su vulgar –o común– actualidad.

Juan Fernando SEGOVIA

Karina Mariani (comp.), *La guerra por las ideas. El regreso del pensamiento liberal a la batalla cultural*, Buenos Aires, La Derecha Diario, 2021 (e-book), 105 pp.

Un exalumno me envió este libro –no sé si para jugarme una broma– que está editado por un diario que opera en las redes sociales (<https://derechadiario.com.ar/>) pero que no informa quiénes

son los responsables. El mentado Diario existe, tiene sitio en todas las redes sociales. Algunos datos sacados del libro: la compiladora, K. Mariani, es periodista y «youtuber»; Juan Doe, que rubrica los agradecimientos, es un artista visual que funge de Editor General de La Derecha Diario; Ezequiel Acuña, autor de la «Introducción» es Director de Contenidos de La Derecha Diario.

Toda esta presentación me olía a humorada, pero no, era algo serio, aunque no todo el libro lo sea y no obstante pretenda serlo. K. Mariani se ha encargado de coordinar casi una veintena de colaboradores entre los cuales hay algunos destacados o famosos que le dan al empeño un carácter más formal y juicioso (difícil pensar que colaborarían en un proyecto indecoroso). Por supuesto que el título delata de qué va el libro: el liberalismo metido de lleno en la disputa por la hegemonía cultural, si bien este campo ha sido elegido como punta de lanza para una avanzada política y económica. No se dice, pero se trata de la Argentina. Reseño las colaboraciones, que son muy breves por lo general.

José Antonio Álvarez (BumperCrop) escribe sobre «El verdadero costo argentino», para revelarnos que es la pérdida de tiempo en discutir cosas que para él son indiscutibles, como la acumulación de conocimiento, la propiedad privada o el progreso científico y tecnológico del sector agropecuario. Si dejamos de perder el tiempo volveremos a ser un país productor de alimentos, receta liberal desde el XIX. Diego Barceló Larran ataca la redistribución porque agrade «las oportunidades de progreso de los humildes», que se sostienen en la propiedad privada y el intercambio voluntario, pues la redistribución va contra la inversión y, así, contra los salarios.

Guillermo Belcore sueña con «Un pueblo que defienda las ideas correctas», un pueblo liberal, defensor de la democracia liberal y el capitalismo, «los dos mejores inventos de la humanidad para lidiar con el problema de la tiranía y de la pobreza». Como dicen en los negocios: «un “combo”». Alberto Benegas-Lynch (h), conocido liberal y pugnaz escritor, nos invita a «La batalla por el respeto recíproco» que no viene sino de «la sacralidad de las autonomías individuales, esto es, a la dignidad del ser humano», lema que recoge Bertie Benegas-Lynch al resumir el ideario liberal en «la dignidad del hombre», dignidad que se exalta en el libre mercado. ¿Descubrimos que lo de batalla cultural para los liberales se resume en la libertad económica, de la que todo lo demás mana o se exprime?

En «La política como base de la felicidad» Héctor Ghiretti filosofa, siguiendo a Aristóteles, sobre la vida buena que analógi-

camente se dice virtud y felicidad. Y la política, que «consiste en organizar la vida entre los hombres» (lo que no es muy aristotélico que digamos), debe liberarse del Estado para que así recibamos «una inyección de alegría», pero de «la alegría del crecimiento». Confieso que mi colega me ha dejado mudo: seremos felices si dejamos de ser enanos, económicamente dicho. A continuación el político Ricardo López Murphy telegrafía «La cultura de la libertad», que propone la tolerancia, el gobierno de la ley, pero limitado, siempre que nos dispongamos a confiar en el progreso que la libertad inspira y dispara. Toda una epopeya, concluye.

Karina Mariani especula sobre «La ingeniería social, el atentado a la libertad», porque la ingeniería social es fruto de la soberbia de los superiores que conduce al totalitarismo, Popper *dixit*. Hay que oponer el orden espontáneo al bien común, he ahí el remedio. Jorge Martínez nos propone «Distinguir por qué pelear, y contra quién», precisar aliados y enemigos en esta batalla cultural, tarea que después de varias vueltas remata en la peor cara de la modernidad: el dominio tecnológico, el encierro pandémico y la nueva normalidad. Cada uno sabe de sus demonios preferidos, pero a los demás no nos queda claro.

Otra Karina, apellidada Molina, nos revela «El engaño político del siglo XX en adelante», que no es otro que la creencia de que la democracia es la mejor forma de gobierno. ¡Por fin una coincidencia! Luego, la economista Diana Mondino, una señora muy seria, explica por qué «Shocks, reglas e inversiones» son «la receta para el desarrollo». Una nueva coincidencia, por su sensatez no ideologizada. Agustín Monteverde nos describe la «Guerra cultural» y debo decir que podemos coincidir en la descripción –al fin de cuentas, somos racionales–, incluso acordaremos en que la victoria contra la revolución descansa en la familia y en Dios. Pero me pregunto: ¿y nada más?

«La disputa del sentido común», de Cristian Moreno, es en principio una batalla contra el dogmatismo y en pro de la tolerancia, pues todos estamos convidados a decir lo que pensamos y así sin fin, porque esta batalla no conoce de descanso. Pregunto: ¿no se está imponiendo otro tipo de dogmatismo, el del batallar sin cesar? No sé si Moreno sabe que «nunca digas nunca» es contradictorio. Luego, Fernando Pedrosa explica por qué «Democráticos somos todos (las vaquitas son ajenas)», un repaso a la majestuosa democracia argentina recuperada en 1983 y sólidamente establecida al día de hoy, según dicen, aunque Pedrosa ve un negro horizonte.

Yo también. Marcelo Posada sugiere «Conocer para transformar», en concreto el empleo público, porque el Estado argentino –dice bien Posada– «es un asegurador: un agente de seguro de desempleo», responsabilidad que atribuye al colapso del «Estado paralelo» de Menem/Cavallo. Y si bien no estoy tan seguro de que sea simplemente así como él dice, sí creo que la situación debe reformarse con justicia y prudencia.

Francisco Sánchez ensaya sobre «Disidencia y batalla cultural», un rechazo de la hegemonía propiciada por Gramsci y una defensa del Estado entendido como agente del bien común, en cuyo nombre el autor reacciona contra la política de confinamiento aplicada en el último bienio y, más generalmente, contra los estados de excepción y contra toda forma de unanimismo, a favor de la disidencia, otro nombre de la libertad. Mauricio Alejandro Vázquez insiste en una propuesta ya vista: «La reconquista del sentido común», pero en tono melancólico, un recuerdo de lo grande que fuimos cuando éramos liberales, que contrasta con la barbarie cultural de nuestros días.

Gabriel Zanotti, un filósofo católico liberal, no enseña a distinguir «Globalización y globalización» para así separar el antiglobalismo católico y nacionalista de la propuesta liberal de von Mises: el libre comercio que trae la paz, la globalización ética del libre mercado. No hace falta acotar nada. Y de *bonustrack* reaparece Mauricio Alejandro Vázquez que nos explica «Lo que sí cambió». En verdad hay que descifrar ese cambio entre metáforas y anécdotas escritas como boxeador desdentado; y cuando se limpia el panorama, pareciera que los liberales perdieron la vergüenza ideológica. ¡Qué sinvergüenzas!

La conclusión la haré sobre dos andariveles. El primero es la edición del e-book, que es muy descuidada (distintas letras, diversos formatos, nombres de colaboradores omitidos, mal método de notas al pie, descuido en el uso de mayúsculas), casi una invitación a no leerlo y a quemarlo, si no fuera porque es electrónico. El segundo es el contenido: un libro chiquito de ideas, enano de ingenio, pobretón por donde se lo mire. Salvo dos o tres colaboraciones, el resto no colaboran ni siquiera con el liberalismo argentino. Hay, es cierto, artículos más pretenciosos, pero no pasan del umbral de la intención, admitiendo que posiblemente el formato y las exigencias editoriales contribuyeron a la frustración.

Una reflexión final: oteando el horizonte argentino, se vienen años de gobiernos liberales. Y, repasando en la memoria lo escrito

en este libro, tengo dos sensaciones encontradas: todo gobierno liberal ha sido, es y será, malo, aun siendo –para ellos– bueno; y el gobierno liberal venidero ya no será siquiera mediocre, será de una vulgaridad rayana con lo imbecilidad. Compárense estos artículos con algunos de la pluma de B. Mitre, C. Pellegrini, B. de Irigoyen o V. F. López y se descifrará por qué no soy optimista.

Juan Fernando SEGOVIA

Donatella Di Cesare, *El tiempo de la revuelta*, Madrid, Siglo XXI de España, 2021, 136 pp.

El 2020 apareció en Turín, publicado por el editor Bollati Boringhieri, este libro de Donatella Di Cesare, ensayista y filósofa, que enseña filosofía teórica en la romana casa universitaria La Sapienza, de fundación pontificia al debutar el siglo XIV. Mucha agua ha corrido desde entonces bajo el puente y sobre el puente.

La autora ha escrito sobre variadísimos temas como dicen los títulos de sus libros: *Tortura*; *Extranjeros residentes*; *Gramática de los tiempos mesiánicos*; *Sobre la vocación política de la filosofía*; *El complot del poder*; ha dedicado su labor a Heidegger, Auschwitz y el negacionismo, Gadamer, etc. Ella no es desconocida en Hispanoamérica, pues se han editado varias obras suyas: *Heidegger y los judíos*; *Terrorismo. Una guerra civil global*; o *¿Virus soberano? La asfixia capitalista*; entre otros. No los he leído y no creo los leeré, pues ella se define como de la izquierda radical. Sin embargo, por lo que me ha interesado este texto sobre la rebelión es por la misma razón que he leído otros de similar talante, *rectius*: de pareja ralea. Estoy preocupado por conocer en qué anda esta izquierda que tantos trastornos causa en el mundo, especialmente en nuestros países de herencia hispánica.

Unos versos de Heiner Müller, tomados de *El ángel desafortunado* (1950), abren el escrito y dicen así: «Mi esperanza es el último respiro [...] / Mi vuelo es la revuelta, / mi cielo el abismo de mañana». Que pueden leerse así: mi esperanza es la revuelta, el abismo de mañana. O bien: mi último respiro vuela al cielo de la revuelta.

Y en capítulo I: «El derecho a la respiración» se leen estas palabras, entre el registro sociológico y la profecía, que a ella se deben: «La revuelta irrumpe en todo el mundo. Se enciende, se apaga; vuelve a propagarse. Atraviesa fronteras, sacude naciones,